

THOREAU Y SU PROYECCIÓN ECOLOGISTA: COMENTARIO SOBRE EL ANÁLISIS DE PHILLIP CAFARO

Diego Clares Costa¹

Me temo que quien pasee por estos campos dentro de un siglo no conocerá el placer de recolectar manzanas salvajes. ¡Ah, pobre hombre, hay tantos placeres que nunca conocerá! [...] y al final de todo ocurrirá que estaremos obligados a buscar nuestras manzanas en un barril².

Esta conclusión con que Thoreau termina “Wild Apples” da la puntilla final a una serie de reflexiones que, ya desde su discurso de graduación en 1839, aparecían recurrentemente en sus textos: las consecuencias de las acciones humanas [domésticas] sobre la naturaleza, tanto la propia como la de su entorno. Todo su análisis de los tipos de manzana, de su desarrollo, de su sabor y belleza, queda eclipsado por una evaluación aguda y premonitoria: cuando transcurra un siglo, será imposible encontrar manzanas salvajes; no nos quedará el placer de salir a buscar frutos por el bosque, porque los tendremos todos a nuestra disposición en un barril. Ésta es la consecuencia que observa el filósofo de Concord en el desarrollo del cultivo, de la domesticación del manzano, que probablemente ha acompañado a los humanos desde siempre³, pero que el espíritu comercial ha llegado a convertir en un mero producto de comercio, en un útil, despojándolo de su mitología y su belleza. “Wild Apples” se convierte en un homenaje al papel mitológico del manzano y a la belleza de su fruto salvaje, al tiempo que compone una crítica a la mercantilización de la vida.

Junto a este texto, Thoreau contempla en muchos otros escritos los problemas generados por el hombre en la naturaleza; en *Walden* se nos presentan entre otras reflexiones éticas, pero también aparecen en textos menos

¹ <https://thoreauencastellano.com/>

² «I fear that he who walks over these fields a century hence will not know the pleasure of knocking off wild apples. Ah, poor man, there are many pleasures which he will not know! [...] and the end of it all will be that we shall be compelled to look for our apples in a barrel» (Thoreau, Henry David, “Wild Apples”, en *The Writings of Henry David Thoreau*, vol. V, Houghton Mifflin & Co., Boston 1906, p. 321).

³ Thoreau, “Wild Apples”, p. 290.

comentados, como “Paradise (to be) Regained”, “Autumnal Tints”, e incluso en el trasfondo de *A Week*. La preocupación ética del filósofo de Concord por la naturaleza ha llevado a considerarlo un predecesor de los actuales ecologismos o, más acertadamente, como uno de los primeros defensores de una ética ambiental, junto a Aldo Leopold y Rachel Carson⁴. La ética, filosofía por excelencia para Thoreau, debe tratar también los problemas de la acción humana respecto de lo natural, no sólo en sí misma sino también en su entorno; no se trata sólo de reflexionar sobre cómo repercuten nuestros actos en nuestra vida, sino que también somos responsables de aquello que causamos en la vida que hay en nuestro entorno.

Sobre el análisis de esta ética ambiental proyectada en el ecologismo quiero centrarme en el estudio más riguroso que he encontrado al respecto, realizado por Phillip Cafaro en *Thoreau's Living Ethics*⁵.

Cafaro ha señalado que Thoreau es uno de los primeros autores que realiza una ética ambiental específicamente no-antropocéntrica, es decir, crítica con la noción antropocéntrica del mundo. Se define a sí mismo como algo distinto a un *fil-ántropo*; no profesa un amor hacia los humanos mayor que su amor hacia todo lo natural. Por este motivo, su ética está enfocada hacia el mundo natural y específicamente no humano, no doméstico. Cafaro señala a Thoreau como un primer defensor de la ética ambiental (*environmental ethics*).

He was one of the earliest and remains one of the stronger critics of anthropocentrism: the view that only human beings have rights or “intrinsic value,” and that other creatures may be used in any way we see it. Perhaps even more important, Thoreau shows us how to lead flourishing lives while still treating nature with respect⁶.

El filósofo de Walden realiza una exposición original de la ética que lleva a plantearla desde el entorno en vez desde el individuo, componiendo una ética medioambiental. Ya en *A Week*, como señalan tanto Cafaro como Burbick⁷, hay un intento de explicar la historia y la experiencia desde el entorno y no desde lo

⁴ Cafaro, Phillip, “Thoreau: Leopold and Carson: Toward an Environmental Virtue Ethics”, en *Environmental Ethics*, 23 (1), 2001, pp. 3-17.

⁵ Cafaro, Phillip, *Thoreau's Living Ethics*, University of Georgia Press, Athens 2004.

⁶ Cafaro, *Thoreau's...*, p. 139.

⁷ Burbick, Joan, *Thoreau's Alternative History*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia 1987. Para más información sobre este libro, leer la reseña “Burbick, historia alternativa de Thoreau”, en <https://thoreauencastellano.com/2016/08/28/burbick-historia-alternativa-de-thoreau/>.

individualmente humano; pero es *Walden* la primera gran obra de Thoreau donde encontramos explícitamente tal consideración, que se desarrolla en el plano ético. El mismo título revela que estamos ante una ética ambiental y no una simple exposición de las experiencias propias; «he titled it *Walden*, not *I, Henry* or *A Portrait of the Artist as a Young Naturalist*»⁸. Cafaro centra su atención, durante su análisis de la ética thoreauviana, en *Walden* como obra central, quizás a costa de obviar otros textos que puedan aclarar algunos problemas; la inversión del papel que juega el entorno, que ya había intentado en *A Week*, es el aspecto fundamental de su segundo libro, en el que continuamente ya sea histórica, mitológica, social o biológicamente nos describe el bosque y la laguna que habitaba. Pero no se limita a esta descripción. Thoreau, como habitante del bosque, nos habla éticamente de él: reflexiona sobre cómo debemos actuar respecto a lo natural, valorándolo por sí mismo al margen de lo humano, y trata de exponer el valor moral de lo natural en cuanto tal y en cuanto que salvaje, como una *wild nature*. El análisis de lo natural y lo salvaje, que toma durante muchas partes del texto un desarrollo estético, tiene finalmente un sentido ético.

La filosofía de Thoreau es una filosofía de la vida, una ética, y su mayor problema está, justamente, en la pregunta que plantea en *Walden*: ¿en qué consiste vivir?⁹ Esta pregunta no tiene una respuesta concisa, y más bien parece que Thoreau la evita, ya que comienza dando unas pautas que adoptó para comenzar a vivir en el bosque, pero a partir de ahí no vuelve a mencionarlas ni a dar una conclusión sobre ellas. Observando en conjunto *Walden*, la respuesta a “¿en qué consiste vivir?” no es una respuesta sobre el individuo sino sobre toda la naturaleza; se trata de una respuesta sobre el entorno, sobre cómo actuar en el ambiente; una ética ambiental que refuerza la crítica contra la interpretación de un individualismo en Thoreau¹⁰; la primera persona se vuelve circunstancial, tomando como principal tarea la descripción del entorno. La ética thoreauviana no proviene puramente de uno mismo, sino de la experiencia de la naturaleza en su entorno, hacia el que también se enfoca o, más bien, se refleja.

Thoreau busca en el entorno natural un modo de explicar la ética que no

⁸ Cafaro, *Thoreau's...*, p. 161.

⁹ Thoreau, Henry David, “Walden” en *The Writings of Henry David Thoreau*, vol. II, Houghton Mifflin & Co., Boston 1906, pp. 100-101.

¹⁰ La habitual interpretación de que Thoreau es un autor individualista está basada en que reflexiona sobre lo individual y en su perspectiva desde la primera persona; pero esto no justifica que el filósofo de Concord exponga una teoría individualista, que consistiría en tener como finalidad lo individual. La noción del entorno o el ambiente como objetivo ético refuerza aún más el rechazo de tal interpretación.

tenga como criterio el interés humano; volviendo con Cafaro, la descripción de la naturaleza no humana tiene como objetivo encontrar el valor ético de la misma, lo que en *A Week* hace a través de la virtud (αρετή), que en el sentido clásico o aristotélico se dice de todo aquello que ha alcanzado la perfección en su propio ámbito; las virtudes morales se dan en el caso particular de la acción ética, pero también hay virtudes intelectuales y virtudes corporales. La virtud, por lo tanto, refiere tanto al individuo humano como a lo externo a él. Thoreau, consecuentemente, habla en *A Week* de la virtud de los peces igual que podría hablar de la virtud de un amigo¹¹. En *Walden*, sin embargo, la descripción del valor ético está a cargo de la descripción estética de la vida, mediante la que compone un entorno en el que interaccionan numerosos individuos pertenecientes a distintas especies con su propia naturaleza, que conviven en melodía. El humano, el filósofo de Walden, se sitúa como espectador: como un observador capaz de contemplar y gozar el paisaje; alguien que no interviene más que por su propio sustento.

Ésta es la imagen ecologista, o medioambientalista, de Thoreau en *Walden*, enfatizada por muchísimos aspectos de su vida en junto a la laguna, entre los que cabría destacar su “arquitectura mínima” y su práctica agrícola. Ahora bien, las éticas ambientales, que apenas estaban naciendo en el siglo XIX, han tenido un gran desarrollo hasta nuestros días; Cafaro intenta realizar una equivalencia casi total, o al menos estructural, que a veces resulta poco creíble pero que a menudo consigue proporcionar una imagen muy sugerente de Thoreau. A pesar de las dificultades, no cabe duda de que, si no ha sido una influencia, al menos ha sido un predecesor de las teorías ecologistas. Tal interpretación no supondría un problema si no fuera porque tiene que estar rigurosamente matizada; como consecuencia, el análisis de Cafaro contiene muchos matices importantes y también algunos errores.

La principal tarea de la ética ambiental de Thoreau es la oposición a la apropiación humana de la naturaleza, es decir, a la domesticación. Éste es su tema recurrente en casi la totalidad de sus escritos. Pero la ética ambiental pone la mirada, a diferencia de la oposición a la domesticación de los textos estrictamente políticos, en el entorno; no se trata de cuestionar la domesticación sobre nosotros mismos, sino sobre lo estrictamente natural que nos rodea. La crítica a la apropiación humana de la naturaleza tiene como centro la

¹¹ Cafaro, *Thoreau's...*, p. 141.

descripción de lo natural en cuanto tal y en cuanto que salvaje. En *Walden* toda metáfora, toda cultura, toda mitología, toda sociedad se fundamenta en la naturaleza; la razón se sitúa como un lugar desde el que contemplar el mundo, estudiarlo y describirlo sin intervenir en él. La propuesta de Thoreau va a consistir en cambiar el punto de vista, invertir el giro copernicano-kantiano y sugerir que no debe ser el individuo humano quien explique la naturaleza y se proyecte sobre ella, sino que se tiene que explicar lo humano en la naturaleza, de modo que la razón no venga dada desde el propio individuo humano, sino desde la naturaleza en conjunto. Una ética que se fundamente en tal consideración no puede admitir que los humanos tengan derecho sobre lo natural, que pueda apropiarse de ello o domesticarlo a su antojo si no se trata de una acción vital. De este modo, la ética ambiental de Thoreau defiende, como primer aspecto, que no se cause un daño innecesario sobre lo natural.

En *Walden* mantiene tal consumo estrictamente vital como una convicción ética adquirida tras una educación en el entorno natural; no se puede respetar lo que se desconoce, y para conocer algo adecuadamente hay que convivir con ello. El conocimiento vital, o conocimiento a través de la convivencia, concibe al individuo como un elemento más del mundo que, aunque tenga capacidad racional, se ve obligado a vivir igual que el resto de individuos. Para Thoreau el hecho de vivir, de que vivamos en el mismo sentido en que viven otros individuos, fundamenta que no tengamos derecho sobre ellos, sobre sus vidas.

Pensemos este argumento: lo institucional tiene autoridad sobre aquello que puede participar en ello, por lo que la razón, que es la creadora de tal institucionalidad, que es la que civiliza, puede ejercer autoridad o influencia sobre sí misma [sobre lo semejante a ella]; en este sentido, los individuos racionales pueden dialogar, intentar convencerse unos a otros, o ejercer autoridad por medio de la verdad o el apoyo de sus argumentos, aplicando leyes y haciendo que otros individuos racionales actúen de determinada manera. Lo vital, en su ámbito, también tiene autoridad: en cuanto que acciones vitales, un individuo puede cazar a otro para alimentarse, o puede aparearse, o defender su territorio, al mismo tiempo que comportarse con agresividad para expulsar a un intruso o con ternura para acercarse a sus semejantes. Sólo lo racional puede actuar racionalmente y sólo lo vital puede actuar vitalmente; por lo tanto, lo institucional no puede decidir sobre lo vital de igual modo que lo vital no puede tomar decisiones sobre lo estrictamente institucional, aunque pertenezcamos a los dos ámbitos.

Para Thoreau estos dos ámbitos son, en un sentido más completo, parte de lo mismo: de la naturaleza y del mundo; por lo tanto, lo institucional se reduce a lo natural, y en cierto sentido esto justifica que reclame al gobierno que sea más cercano a la vida. Aunque lo racional sea en cierto sentido superior o más recomendable para nosotros, tiene que adoptar lo vital como criterio, porque no por ello dejamos de vivir. Aquí recupero la línea de Cafaro, que respecto a esta última idea dice:

We are the only creatures who can understand and celebrate what we see. Through poetry, art, natural history, and science, we can be nature's storytellers. [...] Rather than trying to justify the unlimited human appropriation of wild nature by appeal to our superior reason, Thoreau suggests that only such higher uses of reason justify its limited appropriation. Reason in service to unnecessary consumption is no longer a superior faculty and justifies nothing¹².

Para llevar a cabo esta acción vital de la razón, que señala Cafaro como una limitación de la apropiación de la naturaleza (una limitación de la domesticación que excluye cualquier consumo injustificado por las necesidades naturales humanas) realiza una síntesis de la propuesta de Thoreau en tres criterios¹³:

1. Limitarse a satisfacer necesidades corporales, evitando los vicios como la lujuria o la glotonería, y conformándonos con una vida simple y modesta. Esta simplicidad o sencillez fue siempre la virtud por excelencia para Thoreau; no se trata de ser simple en todo, sino sólo en las necesidades vitales que conducen a un vicio. Respecto a las virtudes intelectuales, Thoreau parece estar de acuerdo con la ética Aristotélica, según la cual no hay vicio en desarrollar al máximo el intelecto, conduciéndolo a una gran complejidad. Los actos o costumbres relacionadas con lo sensible, por el contrario, deben mantenerse en la sencillez y la moderación; se trata de algo similar al punto medio: satisfacer las necesidades corporales sólo en la medida justa para que no causen daño o mermen el intelecto.

2. Encontrar felicidad en el conocimiento de la naturaleza, en experimentarla y vivir en ella. Esto, por supuesto, requiere una educación adecuada. Thoreau va a defender que tal educación es necesaria para vivir conforme a la naturaleza propia, pero poco va a dilucidar sobre en qué consiste, más que insistirnos en algunas claves como la caza y los paseos. A partir de su

¹² Cafaro, *Thoreau's...*, p. 151.

¹³ Cafaro, *Thoreau's...*, p. 155.

propio método, podemos extraer que este tipo de educación consiste simplemente en convivir desde pequeños con lo natural y aprehender a relacionarnos con ello, al mismo tiempo que nos formamos éticamente. El desarrollo del conocimiento, al contrario que la satisfacción de las necesidades corporales, no tiene que ponerse límites; mientras que la comida excesiva puede sentar mal, por mucho conocimiento que tengamos éste no nos perjudicará sino que en todo caso será útil para saber aún más y analizar mejor nuestras ideas.

3. Narrar nuestras experiencias en la naturaleza para que otros puedan disfrutarlas y busquen también esta vida. Sin duda, lo que hizo Thoreau en sus textos fue incitar a sus vecinos para que disfrutaran de la vida en sentido natural; si bien no quiso crear una doctrina estricta sobre cómo se debe vivir, sus escritos animan a comprobarlo por uno mismo, a lanzarse al bosque y descubrir en qué consiste.

La ética ambiental de Thoreau también se enfrenta a dos problemas que debe superar: (1) la definición de la felicidad por el consumismo, y (2) la creación de alternativas artificiales a la vida natural¹⁴. El filósofo de Concord atisba estas dos dificultades, que actualmente tienen mucha más importancia. Thoreau defiende (1) que el espíritu comercial y la definición consumista de la felicidad nos separan de la vida; «an excessively economic orientation also warps our understanding of the world, literally cutting us off from reality»¹⁵. Además, (2) su consideración vitalista lo conduce a afirmar, en “Walking”: «la vida consiste en salvaje»¹⁶.

La solución a estos problemas se encuentra en que (1) acercarse a la vida implica alejarse de todo interés comercial y situarse en la realidad natural, resultando superflua la felicidad proporcionada por el consumismo, y en que (2) las alternativas artificiales no pueden emular la vida, sino dar un paliativo para evitarla e ignorarla. Quien acepte la mera posibilidad de que las premisas de Thoreau sean correctas, debe comprobarlo con su propia experiencia; y a quien no quiera comprobarlo, el filósofo de Concord le responderá que no conoce realmente en qué consiste vivir, ya que no ha salido de su burbuja doméstica, planificada y normativa para investigarlo e investigarse a sí mismo. Las soluciones consumistas y artificiales no suponen otra cosa que un intento de

¹⁴ Cafaro, *Thoreau's...*, pp. 161-162.

¹⁵ Cafaro, *Thoreau's...*, p. 161.

¹⁶ «Life consists with wildness» (Thoreau, Henry, “Walking”, en *The Writings of Henry David Thoreau*, vol. V, Houghton Mifflin & Co., Boston 1906, p. 226.

eludir la vida, de mantenerse en un sistema cerrado y seguro que evita la convivencia con lo natural, la interacción vital. Aquí es donde la ética ambiental de Thoreau conduce a su filosofía social: estar en comunidad por miedo a los peligros de la vida no es, en el sentido natural del término, vivir; la vida consiste en lo salvaje, no puede haber vida sin salvajez, sin instinto y sin exploración. Limitarse a lo institucional o a lo racional evitando la naturaleza supone evitar la vida, y la sociedad no puede constituirse al margen del entorno natural, excluyendo esta ética ambiental.

Ambas dificultades siguen apareciendo hoy con mucha más fuerza que antes y se presentan como un impedimento para aceptar los requisitos vitales del filósofo de Concord. En vez de ello, se ha optado por un ecologismo intervencionista, que no rechaza lo doméstico sino que lo venera como la única vía para que la naturaleza se conserve. Pero lejos de decir que el proyecto de Thoreau ha fracasado, parece más bien que se han desoído las palabras que pronunció a favor de la naturaleza, «por la libertad absoluta y la salvajez»¹⁷, por lo que se ha agravado el problema al tiempo que se ha dificultado la solución; el pesimismo de los últimos textos de Thoreau prevé en gran medida tal desarrollo de la domesticidad.

Pese al tremendo aporte que supone la exposición de la ética ambiental que realiza Cafaro, hay algunas imprecisiones que empañan su análisis. La primera es la confusión, con que comienza su capítulo “Nature”, entre ‘derechos’ y ‘valor intrínseco’; Cafaro habla de que Thoreau y la ética ambiental posterior han dado importancia al valor ético que tiene la naturaleza no humana, señalando que debe tenerse en cuenta en la reflexión ética. Sin embargo, esto no implica otorgar derechos a la naturaleza. Lo estrictamente natural no puede poseer derechos porque el derecho es algo propio de la racionalidad humana; cualquier viviente no humano no puede poseer derechos, aunque tenga valor intrínseco. El valor intrínseco no otorga derechos a un individuo, sino que limita los derechos que podamos tener sobre él: Thoreau habla de la virtud de lo natural para señalar que posee una vida de la que no tenemos derecho a apropiarnos, porque tiene un valor intrínseco. La afirmación inicial de Cafaro sobre que criticar el antropocentrismo supone criticar que sólo los humanos tengamos derechos¹⁸ no representa la crítica de Thoreau, que habla

¹⁷ «for absolute freedom and wildness» (Thoreau, “Walking”, p. 225)

¹⁸ Cafaro, *Thoreau's...*, p. 139.

de los límites de los derechos y no de que otros vivientes los tengan (aunque a veces utiliza 'native rights', que no puede considerarse sino lato en referencia a una soberanía natural sobre la vida propia, pues sería impropio utilizarlo en el sentido estricto del derecho humano y no debe entenderse como tal, y dudo que Thoreau confunda estos dos ámbitos que conocía tan bien); lo que atribuye es el valor intrínseco y una autoridad o soberanía vital, en que también interviene la racionalidad humana pero que puede observarse directamente en la actitud salvaje.

La vida, a diferencia de los derechos y el valor, no es algo que pongamos racionalmente sobre la realidad, sino algo que extraemos directamente de ella; la vida, entendida como una disposición natural, es el criterio principal de la ética ambiental, lo que otorga valor al individuo: que vive y por lo tanto se desarrolla en el mundo interactuando con otros individuos de diversas maneras. Todos hacemos esto, incluso los humanos, aunque tengamos racionalidad y fundemos instituciones; no podemos evitar el lado natural, la vida, que es lo que nos acerca a los demás. No se trata de respetar la vida porque sea algo sagrado o porque tenga una valía superior o divina, o porque debamos conservarla por todos los medios; la vida ajena merece respeto porque nos iguala, porque de por sí no nos da derechos a unos sobre otros y por lo tanto no justifica acciones que no provengan de necesidades vitales; otorga soberanía por su propia existencia. Para Thoreau se trata de un compromiso intelectual y moral de quien conoce la naturaleza.

Este fallo no modifica fundamentalmente la propuesta de Thoreau según la expone Cafaro, siempre que sepamos evitarlo, ya que en adelante no vuelve a insistirnos en los derechos de los no humanos (que es un tema del ecologismo posterior). Ocurre algo parecido con su extrapolación de la crítica de Thoreau respecto a matar sin motivos naturales hasta la afirmación de que «we should avoid killing animals»¹⁹. Esta conclusión es propia del autor, y queda claro que no está queriendo afirmar que la defiende Thoreau; pero quien no se fije demasiado en el matiz concluirá que para el filósofo de Concord no debemos matar animales, o que al menos se trata de la conclusión lógica de su planteamiento. No es así: la reflexión de Thoreau nos lleva a no intervenir en la naturaleza cuando no es requerido por una necesidad vital; esto es más amplio que “matar animales” y más específico que un deber incondicional. Si bien para Thoreau una sociedad civilizada, que se desarrolle intelectualmente, debería

¹⁹ Cafaro, *Thoreau's...*, p. 145.

excluir ciertos alimentos, los motivos son principalmente biológicos: se trata de no consumir más de lo que nuestro cuerpo requiere para funcionar bien, sea animal o vegetal, de modo que no estemos hambrientos ni hinchados sino en un punto medio. Lo que ocurre es que la comida de origen animal, a menudo, impide esto, motivo por el cual Thoreau opta por rechazarla como solución general, aunque no completa.

Sin embargo, sí constituye un error de interpretación grave una doble consideración que introduce Cafaro y que sitúa a Thoreau como un filósofo anti-sensualista y racionalista. Cafaro, en su pretensión por comparar a Thoreau con la conciencia ecologista actual y su activismo, se da cuenta de que no hay tal concordancia en ciertos aspectos, específicamente en la concepción de nuestra dimensión natural como algo bondadoso que se sitúa con derecho propio por encima de la razón. Cuando el filósofo de Walden habla de la vida como algo fugaz y bestial, Cafaro considera que despoja de valor intrínseco a lo natural.

Precisely here is where Thoreau goes wrong, I think. Rejecting our own animal nature as “slimy and beastly” undermines attempts to locate intrinsic value in the beasts. [...] Thoreau goes wrong here, too, in denying his sensual side, simply because it can lead him astray. This is an old mistake of philosophers, who often forget that reason can also lead us astray²⁰.

El motivo, según Cafaro, para que Thoreau discrimine de este modo la parte animal o natural humana está en su idolatría filosófica hacia la razón. Sin embargo, me parece bastante claro que el filósofo de Concord no hace ni una cosa ni la otra.

Thoreau considera que la vida consiste en la salvajez, y que aunque sea cruel y despiadada, corta y endeble, no carece de belleza y orden, pues es un κόσμος. Su descripción de lo salvaje, y en especial su descripción de la muerte, incluye el orden cíclico de la naturaleza; el valor que le da a la vida depende de ello. Ahora bien, Thoreau no puede evitar hablar de la razón como algo propio de los humanos y de principal importancia en nuestra vida; gracias a la razón estamos capacitados para valorar nuestras sensaciones, contemplarlas y gozarlas, lo que aparece repetidamente en la primera persona thoreauviana. Además, la racionalidad humana está en nuestra naturaleza, no es algo creado domésticamente; Thoreau se opone a la apropiación indebida de la naturaleza, pero ejercitar la racionalidad no implica hacer esto sino que puede hacerse

²⁰ Cafaro, *Thoreau's...*, p. 148.

persiguiendo lo natural y, de hecho, hacerlo forma parte de nuestra actividad salvaje. Por supuesto, el filósofo de Concord tiene que dar prioridad para sí mismo a la razón, ya que a través de ella nos desarrollamos como individuos humanos [naturales y salvajes si lo hacemos adecuadamente], pero esto no significa que la razón esté por encima de todo lo natural, sino que se sitúa como nuestra mayor y mejor capacidad natural para desarrollarnos. Cafaro interpreta mal este principio thoreauviano: no se trata de que la razón sea buena en oposición a lo sensible y lo natural, sino que es bueno que la razón guíe nuestros deseos corporales y sirva para desarrollarlos más allá de lo estrictamente sensual²¹.

Por otro lado, Cafaro también considera que Thoreau confía en la razón y cae, por ello, en el clásico error de los filósofos, especialmente los racionalistas e idealistas, que creen en que la razón sólo les mostrará la verdad, mientras que los sentidos podrían conducirles a error. Pero no hay tal consideración explícitamente en los escritos del filósofo de Concord, ya que al hablarnos desde su experiencia en primera persona lo racional y lo sensible están juntos en sus reflexiones, siendo a menudo la estética el punto de partida. La propuesta educativa de *Walden* no consiste en otra cosa que en experimentar, en vivir en los bosques y aprehender sensiblemente a respetar lo natural. En “Walking” va más allá, defendiendo que se ejercite un conocimiento salvaje; «hay otras letras para que aprendan los niños además de las que inventó Cadmus»²². No es el único texto en el que Thoreau explica este conocimiento salvaje; a menudo nos recuerda que podemos aprehender observando en la naturaleza lo que mediante la razón y los libros de texto no puede mostrarse, lo que ejemplifica estupendamente en “Night and Moonlight”²³.

Con esta descripción de la experiencia y el conocimiento, el filósofo de Concord no parece sospechoso de confiar demasiado en la razón. Suponer que estamos ante un autor anti-sensualista, o demasiado racionalista como para otorgar importancia a los sentidos por encima de las ideas, no parece coherente con el resto del desarrollo que hace Cafaro de Thoreau y con el que coincide.

²¹ En este sentido hace una crítica a Walt Whitman, cuyos poemas considera que en ocasiones son sólo sensuales, sin expresar algo más.

²² «there are other letters for the child to learn than those which Cadmus invented» (Thoreau, “Walking”, p. 239).

²³ Sobre esta cuestión se puede decir mucho más. El conocimiento oscuro y salvaje que expone Thoreau en “Walking”, y que está implícito en “Night and Moonlight”, parece oponerse por completo a la tesis idealista de Emerson.

Las consecuencias de esta ética ambiental, que no podemos considerar estrictamente un ecologismo en el sentido actual del término, se ven reflejadas en gran medida en la filosofía social de Thoreau. El vitalismo que observamos en “Resistance to Civil Government” y en “Slavery in Massachusetts” proviene de este primer principio ético de convivencia igualitaria y simple. La ética ambiental surge de la experiencia estética en primera persona; contiene tanto al individuo como a su ambiente, haciendo que éste se desarrolle cognitivamente en el entorno natural y que acepte y respete sus principios, sin imponer sobre el entorno natural los constructos domésticos; dejando que el mundo se desarrolle salvajemente.